
LIBRO

William O. Coleman: *Economics and its Enemies. Two Centuries of Anti-Economics*
(London: Palgrave Macmillan 2002)

WILLIAM O. COLEMAN: *ECONOMICS AND ITS ENEMIES*

Juan Pablo Couyoumdjian

A lo largo del tiempo la economía, como disciplina, ha tenido muchos enemigos, y ha sido acusada de numerosos cargos. Baste recordar que a mediados del siglo XIX la economía fue catalogada como una “ciencia lúgubre” (“dismal science”), y esta expresión ha perdurado muy bien a través del tiempo. ¿Pero qué es, exactamente, la “anti-economía”? ¿Y quién califica como un “anti-economista”? Para William Coleman, “Un anti-economista es quien considera que la economía nos llevará a la ruina” (7)¹. Aunque a un economista moderno le puede parecer difícil que alguien pueda considerar a la ciencia económica como perniciosa, o maligna, no es difícil encontrar adjetivos como éstos en la historia que se relata en este libro. Como muestra considérese la siguiente diatriba de Simon-Nicolas-Henri Linguet, el “primer” anti-economista, escribiendo hacia fines del siglo XVIII contra los “Économistes”; a éstos los califica de “despreciables, absurdos, impertinentes, fanáticos, mentirosos, peligrosos, de mala fe, charlatanes e indecentes” (26). Nótese la diferencia entre el uso de adjetivos como éstos,

JUAN PABLO COUYOUMDJIAN. Ingeniero comercial, Universidad de Chile, Ph. D. en economía, George Mason University.

¹ Las citas del libro, que en el original están en inglés, fueron traducidas por el autor de esta reseña.

y el espíritu que los anima, con el desacuerdo que uno pueda sentir con algunas teorías o modelos económicos. Para identificar claramente a los críticos que examina, y también para situar su discusión, Coleman considera a la “economía” como una tradición de pensamiento que viene desde Adam Smith en el siglo XVIII, hasta Walras, Keynes y los economistas de la era presente; es lo que en otra época el mismo Walras llamó, en francés, la “Grande Tradition” (8-9). De aquí se deriva, entonces, que la anti-economía no consiste única o exclusivamente en una oposición al liberalismo económico asociado a la escuela neoclásica (o clásica), como equivocadamente se podría creer a la luz de las manifestaciones anti-económicas que vemos a comienzos del siglo XXI.

Desde la época en que escribía Linguet, opiniones muy parecidas a las suyas se han escuchado muchas veces y en muchos lugares. Sus doctrinas, si bien pueden parecer las creencias de un fanático, no son únicas. Más aún, resulta de particular interés notar que, como explica el autor del libro que reseñamos, algunas veces las críticas que han surgido contra la economía a lo largo del tiempo han sido diametralmente opuestas o incluso contradictorias unas con otras. Así, por ejemplo, la economía ha sido criticada por facilitar la industrialización y también por retardar la industrialización; o por sobre-enfatizar el rol de la competencia y también por desatender la importancia de la competencia; o por constituir un sistema de pensamiento rígido e igualmente por constituir un enjambre de opiniones inconsistentes (pp. 11-12). En el trabajo bajo examen William Coleman ha ordenado estas críticas y ha estudiado su historia y su soporte analítico en lo que constituye una narrativa lúcida y entretenida, a la vez que muy interesante. De esta forma aquí se examinan críticas de tipo político (donde, por ejemplo, el sistema económico de mercado ha sido censurado porque erigiría un orden social de raigambre meramente mercantil, o porque cimentaría una supuesta preeminencia de la metrópolis sobre la periferia), reparos de tipo moralista o ambientalista (que, por cierto, también han sido explotados por motivos políticos), y también reproches que se basan en los presuntos aires de autoridad que tendrían los economistas, entre otros aspectos.

Dado que la obra de Coleman cubre hasta la época presente, la vigencia de algunos de los argumentos reseñados no debiera resultar sorprendente. Pero ello es particularmente notorio en las críticas moralistas contra la economía. Por detenernos en sólo un punto, los reproches contra la “doctrina del egoísmo” (“selfishness”), o del “interés propio” (“self-interest”) que propiciaría la economía, y cuya historia a partir del siglo XVIII reseña Coleman, siguen plenamente vigentes hoy en día. A mediados del siglo XIX el crítico John Ruskin alegaba que el error de la economía política

estaba en “considerar al ser humano solamente como una máquina codiciosa” (“considering the human being merely as a covetous machine” [144]) y T. E. Cliffe Leslie, argumentando en contra de un “sistema que sólo toma en cuenta a los individuos”, alegaba que el motivo más poderoso para la acumulación de riquezas radicaba en la existencia de “sentimientos conyugales y paternos” (145). Con imágenes como éstas se hace difícil examinar el tema de fondo con frialdad. Como sea, es importante de todas formas dejar sentado que la ciencia económica no aboga ni propicia ni valora (ni positivamente ni negativamente) el “egoísmo”; simplemente, como escribe Coleman, la economía política clásica “no requiere del altruismo... es la libertad económica la que, para bien o para mal, recomiendan los economistas [de esta escuela]” (150). Cuando uno aprende (¡o enseña!) economía, las diferencias en el ámbito de las doctrinas positivas y normativas nunca son suficientemente destacadas y luego, lamentablemente, terminan produciéndose confusiones como las que revisamos. Y a veces el espíritu que sustenta los conocidos modelos de elección racional del tipo “Max U” (para usar la expresión de D. N. McCloskey) tampoco es expuesto de forma suficientemente precisa, lo que también tiende a confundir a economistas neófitos y a legos interesados en temas económicos. Sumado a lo anterior, y como ya notamos, el uso de imágenes fuertemente emocionales por algunas partes interesadas no hace sino confundir a quienes buscan entender lo que efectivamente expresan las doctrinas de la ciencia económica.

La relevancia de algunos de los argumentos esbozados en esta historia intelectual, a la luz de la historia económica y del pensamiento económico de Chile y de América Latina, también es digna de notar y destacar. La línea argumental más relevante está relacionada con el tema de si la economía es en verdad una ciencia universal, como propugnan los exponentes de la “Grande Tradition”. La crítica a esta posición es la base de la doctrina “nacionalista”, cuya historia se encuentra bien expuesta en el libro y que, en síntesis, alega que el paradigma habría “violado la relatividad, pretendiendo crear un sistema económico para todas las economías, centrándose en el ‘hombre económico’ y el mercado” (65). Como bien explica William Coleman, la figura de Friedrich List y la influencia de la Escuela Histórica Alemana juegan un papel central en el desarrollo de estos sistemas, y en sus “reformulaciones” americanas del siglo XX los nombres de Mihail Manoïlesco y Raúl Prebisch también juegan un rol fundamental. Ahora bien, colocar las contribuciones de Prebisch (y List) en la misma categoría que las de Linguet (y de otros anti-economistas de inspiración racista o totalitaria que aparecen en este libro) puede parecer injusto, pero objetivamente no puede negarse que ellas comparten un auténtico rechazo a la “Grande Tradi-

tion”, dada su convicción de que la aplicación práctica de estas ideas sería (y/o habría sido) nefasta. La influencia en Chile de la Escuela Histórica Alemana, particularmente hacia fines del siglo XIX, cuando el liberalismo económico ya perdía preponderancia, ha sido subrayada por nuestros historiadores. Pero desde un punto de vista algo más amplio que la mera crítica nacionalista, al examinar la bibliografía del trabajo que reseñamos en cuanto a libros de anti-economía publicados en Europa y Estados Unidos durante el siglo XIX, nos encontramos con que muchos de sus títulos nos parecen vagamente familiares. Considérense, por ejemplo, las siguientes obras citadas por Coleman (donde hemos omitido los nombres de los autores de los trabajos en cuestión) que reflejan el espíritu anti-económico que venimos examinando: *A View of Manufactures, Money and Corn Laws, Adverse to Every Theory of the Economists...* (Londres, 1840); *The Working Man's Political Economy* (Cincinatti, 1847); *Liberty and Law: Being an Attempt at the Refutation of the Individualism of Mr Herbert Spencer and the Political Economists; ...and a Demonstration of the Worthlessness of the Supposed Dogmas of Orthodox Political Economy* (Londres, 1888). La familiaridad a la que hacemos mención radica en que un examen de los catálogos de algunas bibliotecas nacionales (universitarias o públicas) develará trabajos que si no tienen títulos muy parecidos, a lo menos contienen una línea argumental muy similar en cuanto a atacar por erróneas, o inútiles, las opiniones de los economistas (en particular de los economistas liberales).

En este trabajo se revisan también los ataques que ha recibido la economía por el “poder”, el peso y la influencia que tendrían los economistas. En 1829 David Robinson, periodista del *Blackwood's Magazine*, expresaba este sentimiento mucho más elocuentemente de lo que podríamos expresar nosotros; “los dictados infalibles de la Santa Madre Iglesia del Papismo Político reemplazan y suprimen todo argumento que pueda ser ofrecido a través de la razón y la evidencia” (“The infallible dicta of the Holy Mother Church of Political Popery supersede and suppress everything that can be offered by reason and evidence” [201]). Para los anti-economistas este ascendiente de los economistas sería injustificado (y también cuasi inexplicable). Lo que sería preferible, presumiblemente, es que ellos, los anti-economistas, tuvieran más ascendiente público. Pero dejando de lado esta manera de ver el problema, uno no puede dejar de preguntarse hasta qué punto un economista, como economista positivo (para qué hablar de un economista como proponente de políticas públicas), realmente conoce las respuestas óptimas a cualquier problema económico. Más aún, es legítimo preguntarse sobre las motivaciones que llevan a un economista a abogar por una política determinada. Porque, después de todo, de acuerdo

con sus propios modelos, los agentes económicos maximizan su utilidad. Según Coleman, “los economistas, en lugar de convencer al público de que conocen la política correcta, han intentado persuadirlo acerca de *cuál es la política correcta*” (204, cursivas en el original). No está claro, sin embargo, en qué medida esto sea tan así. Pero éste es un problema que traspasa el libro que examinamos y, claramente, sobrepasa también el ámbito de una reseña como ésta.

El trabajo de William Coleman se inserta en una interesante literatura reciente que presenta a los economistas clásicos como enérgicos defensores de la libertad y la igualdad, en marcada diferencia con muchos de sus críticos que, sin embargo, expresan una condescendencia, por cierto injustificada, respecto de la economía y los economistas (en esta línea vale la pena destacar el importante programa de investigación que han llevado a cabo, y siguen desarrollando, en la historia del pensamiento económico, David Levy y Sandra Peart). Muchos de los autores que aparecen en el libro que reseñamos han sido altamente influyentes en cuanto a sus críticas a la economía, aunque, es importante explicar, muchos no eran economistas propiamente tales. En muchos casos esto se nota, y Coleman es implacable en cuanto a hacer frente a los argumentos de los anti-economistas, a veces de manera extrema. De igual forma, y a la luz de la evidencia histórica, es severo en cuestionar el paternalismo de muchos de estos anti-economistas que se autorrepresentan como defensores de todas las causas nobles. Pero dado, sin embargo, que ya nos hemos extendido suficiente, y que los ejemplos en este sentido abundan a lo largo del texto, no continuaremos abordando este tema aquí.

Al terminar debemos subrayar que el texto que reseñamos no sólo es tremendamente erudito sino que altamente iluminador. Dado que la anti-economía sigue plenamente vigente, resulta sumamente interesante conocer los antecedentes, que pueden ser directos o indirectos, de algunas de las ideas y líneas de argumentación de quienes propugnan estos planteamientos en la actualidad. Por otra parte, este trabajo plantea también muchas interrogantes que ameritan un examen más cuidadoso; en particular a nosotros nos llama especialmente la atención la cuestión de las formas de argumentación de los anti-economistas. ¿Por qué parece más fácil escribir y publicar un libro de *Poems against Economics* (que aparece en la bibliografía del libro de Coleman) que escribir poemas a favor de la economía? O en otros términos, ¿por qué la gente está dispuesta a olvidarse de algunos conceptos básicos como la escasez, que reconoce implícita o explícitamente en sus actividades diarias, cuando se le toca emocionalmente? A pesar de la debilidad (e incluso la falacia) de muchos de los argumentos que se escri-

men en su contra, ¿están (estamos) condenados los economistas, no sólo como proponentes de políticas económicas, sino que también como practicantes de la economía positiva, a ser los “malos de la película” en la sociedad?